

IV Congreso Latinoamericano de Traducción e Interpretación

**LA HERMENÉUTICA EN LA PRÁCTICA Y
LA DIDÁCTICA DE LA TRADUCCIÓN**

Elena Marengo

Instituto Superior en Lenguas Vivas, “Juan Ramón Fernández”

La hermenéutica en la práctica y la didáctica de la traducción

Elena Marengo *
Profesora

En el capítulo XLIII de *Una excursión a los indios ranqueles*, cuenta Mansilla algo que le aconteció en el toldo del cacique Baigorrita:

“Después que los saludos y presentaciones oficiales pasaron, vino la conversación salpicada de dichos y agudezas.

Un indio, que por lo menos tendría sesenta años, muy jovial y chistoso, grande amigo de Pichún, el finado padre de Baigorrita, muy querido y respetado de éste, viendo mis manos cubiertas con algo de que él no tenía idea, me preguntó en buen castellano:

-¿Qué es eso, ché?

Eran mis gruesos guantes de castor, prenda que yo estimaba mucho, porque tengo la debilidad de cuidarme demasiado quizá las manos.

Me sentí embarazado momentáneamente para contestar.

Si decía guantes, me iba a entender tanto como si dijera matraca.

Rumiando la respuesta, le contesté:

-Son las botas de las manos.

Los ojos del indio brillaron como si hubiera hecho un descubrimiento, y agregó:

-Cosa linda, güena.”¹

Eso que hizo Mansilla es traducir. Que no es lo que suelen hacer muchos traductores o periodistas puestos a esta tarea, quienes, por no “rumiar la respuesta”, nos asestan “matracas” a cada paso.

Advertencia preliminar

En todo lo que antecede y lo que sigue, cuando hablo de “traducir” me refiero siempre a lo que llamaré aquí **traducción utilitaria**, la única que me atrevo a ejercer. ¿Qué quiero decir con esta expresión? Que voy a hablar de la traducción que se hace para que alguien pueda enterarse, tener noticia, de lo que dice un texto escrito en un idioma que no conoce. Aspiración práctica y modesta, sin pretensiones de otra índole. Se trata nada más (y nada menos) que de procurar que otros entiendan cierta información o se enteren de ciertas opiniones, como cuando uno explica a otro una conferencia o lo que ha leído en un libro periodístico o de información científica. La aplicación de lo que voy a decir a la traducción literaria es muy discutible, si no riesgosa o intrínsecamente contradictoria, como bien lo señaló ya Schleiermacher.

Introducción

Los postulados estructurales que parten de Saussure conciben al lenguaje como un mundo en sí mismo dentro del cual cada elemento sólo “se refiere” a otros elementos del mismo sistema, por obra de la contraposición de las oposiciones y diferencias que lo constituyen. Este talante estructuralista, sistémico, ha contagiado otras teorías, entre ellas las de la traducción, sin que muchos se percataran de que, en este planteamiento extremo, el lenguaje como discurso desaparece.

Las estructuras formales han ejercido durante el siglo XX una especie de seducción sobre el pensamiento acerca del lenguaje, en la cual se manifiesta, a mi parecer, una

* Instituto Superior en Lenguas Vivas, “Juan Ramón Fernández”.

¹ Lucio V. Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1989, pág. 303.

fascinación ingenua por lo que no se conoce en su ejercicio concreto y sólo se reconoce y concibe cuando aparece como algo acabado, armado ya como edificio, casi impenetrable por obra de la arquitectura abstracta que lo sostiene. En el campo de las humanidades y del lenguaje en particular se han imitado a menudo los procedimientos formales de las matemáticas con cierto candor porque se ignora cómo funcionan éstas y cuál ha sido su desarrollo histórico. Se ignora, por ejemplo, que buena parte de ellas surgieron como instrumentos prácticos para resolver problemas concretos que planteaba la física. A lo que voy con esta analogía es a que, en la ciencia formal por excelencia –las matemáticas– nadie ignora que las estructuras, la arquitectura formal, es una **mera herramienta** perfectible por definición y descartable cuando es necesario. Nadie ignora tampoco que muchas ramas de las matemáticas responden a construcciones sintéticas, y no analíticas. Es decir, a **procesos en los cuales la propia construcción práctica, aunque rigurosa, de las soluciones va aportando a la vez la respuesta concreta al problema y el método que permite resolverlo.**

La construcción del sentido

Privilegiar el aspecto formal, “algebraico” del lenguaje llevó así a dejar de lado su aspecto primordial a mi juicio, que es sintético: el acontecimiento de habla, o el discurso, en tanto construcción de sentido. Hay un salto cualitativo de la palabra a la cláusula y la oración, y de ésta al discurso. El discurso es una **totalidad irreductible a la suma de sus partes**. Benveniste tuvo en cuenta esta dualidad constitutiva del lenguaje y dijo que éste depende de dos operaciones: 1) la integración en totalidades cada vez más grandes y 2) la disociación en sus elementos constitutivos. El sentido, la construcción de sentido, entraña la primera operación.

El discurso y el sistema de la lengua: realidad y virtualidad

Paul Ricoeur expresa con mucha claridad buena parte de lo que me interesa. El discurso, dice, es acontecimiento evanescente; el sistema de la lengua, en cambio, es una estructura relativamente estable. **El discurso es real; el sistema, virtual**. Con gran audacia, expresa su pensamiento en estos términos: “De hecho, el sistema no existe. Tiene solamente una existencia virtual. Solamente el mensaje le confiere realidad al lenguaje.”² Con todo, pese a su carácter evanescente, el acto de discurso no es sólo transitorio, efímero. “Puede ser identificado y reidentificado como lo mismo para que podamos **decirlo otra vez en otras palabras**. Hasta podríamos decirlo en otra lengua, o traducirlo de una lengua a otra. A través de todas estas transformaciones, conserva una identidad propia.”³ Y concluye unas páginas después: “El discurso tiene una estructura propia pero no es una estructura en el sentido analítico del estructuralismo, esto es, producto de un poder combinatorio que proviene de oposiciones previas de unidades discretas. Más bien, es una estructura en el sentido sintético, es decir, **el entrelazamiento y acción recíproca** de las funciones de identificación y predicación **en una y la misma oración.**”⁴

Querer decir: intencionalidad del lenguaje

Veamos qué tiene que ver todo esto con la comprensión y, por ende, con la traducción. Si todo discurso es acontecimiento (único), todo discurso es comprendido como sentido: no es el acontecimiento lo que queremos comprender cuando escuchamos o leemos, sino su sentido. La articulación entre acontecimiento de habla y sentido es una

² Paul Ricoeur, *Teoría de la interpretación – Discurso y excedente de sentido*, Siglo XXI, México, 1995, pág. 23.

³ Paul Ricoeur, op. cit., pág. 23, el texto en negrita es mío.

⁴ Paul Ricoeur, op. cit., pág. 25, los texto en negrita son míos.

característica del propio discurso que manifiesta, encarna y certifica la **intencionalidad del lenguaje, el querer decir**.

El significado del discurso está atravesado, por así decirlo, por la intención de quien habla. Esa intención del hablante, la intención referente, según Frege, se superpone y entreteteje de tal manera con el discurso y en el discurso, que comprender lo que el hablante quiere decir y lo que el discurso significa son una y la misma cosa. Cuando el discurso está escrito, esta intención referente se desprende en buena parte de él, de su materialidad, y obliga a la exégesis. La intención se transforma entonces en el problema por excelencia de quien lee, explica o traduce un texto, precisamente porque el autor no está presente ya para interrogarlo. El lector –y el traductor– se ve obligado de hecho a **apropiarse** del sentido del texto para poder reconstruirlo con miras a comprenderlo o reformularlo.

Ricoeur habla de una “dialéctica”, un ir y venir interrogante, entre el acontecimiento, el discurso, y el sentido, que se va precisando, en aproximaciones sucesivas, como diría un matemático, es decir en reformulaciones sucesivas que tienden a aclarar, para quien lee, lo que está leyendo, permitiéndole aprehender el sentido en toda la plenitud que su capacidad y su situación histórica le permiten.

A mí me parece muy rica esta manera de ver el proceso de comprensión, muy productiva. ¿Cómo es que “comprendemos” el “querer decir” de un texto? Pues así, interpellando al texto, interrogándolo e interrogando nuestro saber previo, las evocaciones y reminiscencias que suscita, formulando rápidamente hipótesis (que algunas veces confirmamos y otras descartamos), anticipándonos a lo que sigue, ensayando casi sin darnos cuenta reformulaciones que nos van aproximando cada vez más al sentido (paradójicamente –y no tanto, si recordamos cómo pensó el propio Saussure la contraposición diacrítica–, incluso lo que descartamos nos ayuda a aproximarnos, a precisar el sentido). Cuando escuchamos, o cuando leemos, este proceso es tan veloz que no aparece en la superficie de nuestra conciencia: ocurre simplemente, tanto mejor cuanto más entrenados estamos para hacerlo, pero siempre en segundo plano, entre bambalinas. Cuando nos vemos obligados a reformular un texto, sea en el mismo idioma para explicarlo, sea en otro para traducirlo, el movimiento dialéctico de interrogaciones, evocaciones, hipótesis, anticipaciones, formulaciones que se aceptan y se descartan adquiere un papel más protagónico, pasa más a primer plano y exige una vigilancia más consciente. Pero lo importante, creo, es entender que ese “movimiento dialéctico” del cual nos habla Ricoeur, ese continuo ir y venir, como de lanzadera que va planteando interrogantes y entretetejando la trama del discurso, ese incesante vaivén, ya está presente en el proceso de comprensión, mejor dicho, lo **constituye**. Vale la pena recordar que la palabra texto proviene del latín *texere*, que quiere decir “tejer”.

Ejemplo 1: la comprensión

Dije que voy a hablar de la traducción utilitaria, la técnico-científica como suelen etiquetarla los programas de estudio. Sin embargo, como para desconcertarlos, mi primer ejemplo proviene de una novela, *El túnel*, de Ernesto Sábato, que no elegí porque se trate de una obra literaria ni tampoco porque pretenda dar un ejemplo de traducción literaria; lo hice por su brevedad y porque su estructura discursiva es muy ilustrativa con respecto a los problemas de lectocomprensión que quiero abordar. Por consiguiente, todo lo que diga con respecto a este fragmento y a su traducción supone tomarlo como un trozo de discurso y no incumbe a los procedimientos de la literatura. Por otra parte, la elección de este autor, “cuya central ansiedad son las pasiones y los trabajos del hombre”, y no los

procedimientos verbales, como diría Borges, excusa en cierta medida el uso puramente utilitario que voy a hacer del original y de las traducciones.

Debo hacer aquí un paréntesis. Se dice con mucha frecuencia que el castellano es un idioma mucho más “ligado” que el inglés, es decir, que explicita mucho más las relaciones lógicas del discurso que el inglés suele dejar veladas. En términos generales esto es cierto. Pero es necesario hacer una salvedad: pese a esta tendencia general, cualquiera que haya practicado la traducción inversa, es decir al inglés en nuestro caso, sabe de sobra que muchas veces hay que aportar en inglés nexos lógicos que el castellano mantenía implícitos, llevar a la superficie elementos que el castellano manejaba en segundo plano. Por este motivo, elegí un caso de traducción inversa como ejemplo inicial: para que la necesidad de poner de manifiesto determinadas relaciones del discurso no estuviera impuesta por el “genio” del castellano. Vamos ahora al ejemplo.

“Bastará decir que soy Juan Pablo Castel, el pintor que mató a María Iribarne; supongo que el proceso está en el recuerdo de todos y que no se necesitan mayores explicaciones sobre mi persona.”⁵

Es el primer párrafo de toda la novela, de modo que el lector no tiene otros elementos para guiarse. Veamos entonces con algo más de atención **qué nos dice** este parrafito, así de escueto como lo vemos.

Como ya dijimos, cuando uno lee no se formula explícitamente preguntas ni se las contesta explícitamente: el **proceso cognitivo es subterráneo**, no se ve ni se oye, pero produce efectos concretos que nos permiten comprender o imaginar. Para ejemplificar, voy a explicitar mis movimientos de lanzadera, mis interrogantes y mis respuestas cuando leo este párrafo. En primer lugar, ¿dónde “basta decir” lo que basta decir? ¿En qué circunstancias? La respuesta es sencilla: aquí, en este texto que estamos leyendo y que supuestamente Castel ha escrito. ¿Es eso todo? Tal vez no, pero aceptemos provisoriamente que sí.

La segunda pregunta que surge es: ¿por qué bastará decir ese nombre? ¿Y para qué? Es aquí donde se entretajan las dos cláusulas yuxtapuestas, se “engranan”, por así decirlo, y se ponen a trabajar en conjunto: el narrador ficticio, Juan Pablo Castel, supone que el público no ha olvidado el proceso originado por su crimen y es precisamente por esa razón, por esa suposición, que le basta decir solamente su nombre. Hay una **relación lógica** entre la segunda parte del párrafo y la primera, que permite al lector ubicarse en la situación, sin que se añada otra información. Y es justamente esa relación lógica la que explica el uso del futuro en “bastará decir”, que no es exactamente lo mismo que “basta decir”. Bastará decir sólo el nombre **porque** nadie ha olvidado aún el proceso. Bastará decirlo para todos los fines prácticos de esta exposición (la de Castel).

Espero que me disculpen el haberme detenido en un análisis tan sencillo, tan evidente, pero me pareció que con un ejemplo simple se ilustraba mejor lo que hacemos sin cesar cuando escuchamos y cuando leemos. Pues bien, eso que acabamos de hacer es lo que Ricoeur llama el “movimiento dialéctico” y hermenéutico de la comprensión, el trabajo cognitivo que nos permite **tejer la trama del sentido**.

Ahora bien, ¿por qué es imprescindible este movimiento dialéctico y hermenéutico para comprender un texto? En primer lugar, por la sencilla razón de que así funcionamos; es algo que no podemos evitar aunque no tengamos conciencia de hacerlo. Lo que ocurre es que, cuando nos vemos obligados a explicar algo (en forma oral o escrita) o a

⁵ Ernesto Sábato, *El túnel*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1967.

traducirlo, surge la necesidad muchas veces imperiosa de traer a la superficie esos procesos cognitivos subterráneos. Para explicar algo, como bien saben todos los que ejercen la docencia, hay que tener ductilidad y recursos para “decir las cosas de otro modo”, muchas veces de varios modos distintos, hasta que el que escucha... entienda. (Todos los que hemos enseñado, además, conocemos una experiencia desconcertante: no es raro que en ese afán por encontrar distintas maneras de decir, de explicar, de pronto entendamos nosotros mismos algo que no habíamos comprendido del todo o encontremos relaciones que antes se nos habían escapado.)

Cuando nos ponemos a traducir, ocurre lo mismo, con el agravante de que las distintas lenguas –incluso las que tienen un mismo origen, como las romances, o las que parten de un mismo tronco, como todas las que manejamos en este congreso, que son indoeuropeas–, incluso lenguas que son tan próximas entre sí, utilizan lo implícito y lo explícito del discurso de manera totalmente diferente.

En los últimos tiempos nadie ha señalado este hecho con mayor insistencia que los teóricos del ESIT, de la Universidad de París III, si bien casi todos los textos clásicos sobre la traducción tienen presente este problema aunque sea de soslayo. Marianne Léderer decía hace unos meses en el *Lenguas Vivas*: “En la medida en que las lenguas fragmentan, particionan el mundo de manera diferente, lo que se explicita en el discurso no es lo mismo en la lengua de origen que en la de destino: el ‘recubrimiento’ de lo implícito y lo explícito se lleva a cabo de manera diferente en las distintas lenguas”.

Voy a pasar ahora al otro movimiento dialéctico, el de la reformulación del texto en otro idioma. Y voy a utilizar el mismo párrafo de Sábato.

Traducción del párrafo de Sábato

Esta es una traducción al inglés del párrafo que acabamos de analizar, publicada en Nueva York. Dice así:

“It should be sufficient to say that I am Juan Pablo Castel, the painter who killed María Iribarne. I imagine that the trial is still in everyone’s mind and that no further information about myself is necessary.”⁶

Repito: no voy a analizar esta traducción desde el punto de vista literario, sino discursivo. Sin duda, el párrafo en inglés ofrece al lector lo que dice el texto de Sábato explícitamente (al margen de algunas opciones de orden léxico o de estilo que no es cuestión de comentar ahora). Ahora bien, quiero preguntarles a ustedes: ¿esta traducción dice **todo** lo que uno lee y percibe en el párrafo de Sábato? ¿Da cuenta cabal de la **trabazón lógica** del texto? Y, en definitiva, ¿sugiere lo mismo? Yo diría que sí, pero que cuesta más alcanzar el “querer decir” del narrador en esta versión que en castellano. Y a mi juicio, esta dificultad agregada proviene de que no se han tomado del todo en cuenta las relaciones lógicas del texto, no se ha reflejado **convenientemente** el vaivén entre lo que está explícito en él (las meras palabras) y lo que está implícito. Me dirán ustedes: “convenientemente” ¿para qué? Para su comprensión, tomando el texto como si se tratara de una mera transmisión de información.

⁶ Ernesto Sábato, *The Tunnel*, The Bilingual edition of El túnel, translated by Margaret Sayers Peden, Ballantine Books, New York, 1988.

Otra traducción

Voy a mostrarles ahora otra versión en inglés del mismo párrafo, escrita por un traductor inglés que vive y trabaja en Buenos Aires.

For all practical purposes here, it should be enough to say that I am Juan Pablo Castel, the artist who killed María Iribarne. The trial cannot have been forgotten yet, and no further information about myself is therefore needed.

Si vamos a “contar palabras”, lo que está subrayado no tiene correspondencia con el original; sin embargo, el párrafo suena mucho más fluido y, lo que es más importante aún, su **intencionalidad** es más evidente y se hace menos difícil alcanzarla. No es casual si recordamos nuestro análisis. En la segunda versión en inglés, el traductor ha marcado explícitamente las relaciones lógicas que comentamos hace unos momentos. Además, la sutil diferencia de matiz entre “*is necessary*” e “*is needed*” refuerza la cohesión de lo que se dice.

En otras palabras, la segunda traducción refleja de algún modo el modesto proceso dialéctico y hermenéutico que hicimos; es una explicación del texto original. Como traducción utilitaria, es más conveniente, lo que no quiere decir que sea mejor desde el punto de vista literario; no es mi propósito entrar en ese tema. Lo que sí afirmo sin vacilación es que, **si** se tratara de un texto informativo, la última traducción sería más útil, más práctica para enterar al lector de lo que Castel quiere decir y dice.

Ejemplo 2

El texto que vamos a ver ahora es un fragmento de un manual de historia para niños hispanohablantes de 13 años de la escuela norteamericana. El capítulo comienza hablando del nacimiento de la burguesía en la baja Edad Media. En este párrafo se presenta por primera vez el tema de la creciente riqueza acumulada por la burguesía europea, tema sobre el cual el manual vuelve varias veces después cuando habla de los banqueros de las ciudades-estado italianas ya en el Renacimiento. Insidiosamente, debo confesarlo, les voy a mostrar primero la versión en castellano que llegó a mis manos.

En 1299 la ciudad de Arras, en el actual territorio de Francia, era famosa por la riqueza de sus mercaderes. La poderosa familia Crespin era tan rica que prestaba dinero a los burgos (ciudades), a los obispos e, incluso, a los monarcas. Había gente a quien inquietaba este insólito interés por el dinero. “En esta ciudad, se adora en exceso al dinero”, escribió el poeta Adam de la Halle, refiriéndose a Arras. Otros se sentían muy complacidos con los cambios en la economía. Pensaban que les permitirían a los trabajadores hacer dinero y mejorar su posición social. Cuando murió Baude Crespin en 1316, la inscripción grabada en la lápida de su tumba decía así: “Rezad, pues, por su alma inmortal, jornaleros y trabajadores”.

Primero y principal, desde la perspectiva de la normativa gramatical y sintáctica, este párrafo es correcto en castellano. Pero es torpe, no porque no sea elegante: en un texto de esta índole la elegancia del estilo no entra casi en la discusión. Es flojo porque avanza como con disnea, como un motor al que le falla una bujía. Esa falta de fluidez dificulta la lectura porque obliga a recomenzar el trabajo de comprensión a cada paso, como si las distintas oraciones fueran entidades independientes, aunque su “dibujo” sea el de un párrafo. Así como está, el párrafo hace violencia a la cohesión del castellano y exige al lector mucho esfuerzo para alcanzar una comprensión cabal entre las sucesivas

ráfagas de datos con que lo van ametrallando (me refiero, desde luego al abuso del asíndeton hasta lo absurdo).

Por ejemplo: ¿cuál es la relación lógica entre la fama de Arras por la riqueza de sus mercaderes y la historia de la familia Crespin? Si hay alguna (y la hay), tenemos que aportarla nosotros al leer. Asimismo, ¿qué relación lógica existe entre las tres oraciones posteriores, la que se refiere a la inquietud de algunos por el interés creciente en el dinero, la cita del poeta y la complacencia de otros con los nuevos aires burgueses que soplan en la ciudad? En el texto, esa relación está ausente: nos vemos obligados nosotros a imaginar alguna relación posible entre esas islas de información yuxtapuestas. Pero, peor aún, ¿qué tiene que ver la inscripción de la tumba de Crespin con todo lo anterior? Me atrevo a decir que a muchos lectores les parecerá algo que no es pertinente, algo agregado ahí acaso por capricho.

Pasemos ahora al texto original.

“In 1299 the city of Arras in present-day France was famous for its wealthy merchants. The powerful Crespin family was so rich that it loaned money to cities, bishops, and even monarchs. Some people worried about this new interest in money. “Money is too much worshipped here”, wrote poet Adam de la Halle about Arras. Others welcomed the changing economy. They thought it provided ways for workers to make money and improve their social status. When Baude Crespin died in 1316 his tombstone read, “Pray for his immortal spirit, then, Laborers and working men.”

Debo reconocer que, aun para el inglés moderno, con toda su tendencia asindética, el fragmento es de una pobreza discursiva pasmosa aunque muy frecuente en los textos “informativos” en boga. Ahora bien, se trata de un texto didáctico, cuyo objetivo es conseguir que los alumnos se formen sin dificultades agregadas una idea clara de lo que ocurría en aquellas épocas. Clara, es bueno tenerlo presente, no quiere decir breve, ni siquiera sencilla desde el punto de vista sintáctico. Quiere decir nítida, que no se presta a confusiones, fácil de entender en su (relativa y necesaria) complejidad.

Veamos ahora, entonces, una traducción utilitaria que facilita la comprensión, como las “botas de las manos” de Mansilla.

Ya en 1299, la ciudad de Arras, situada en el territorio de lo que hoy es Francia, se había hecho famosa por la riqueza de sus mercaderes. Por ejemplo, la poderosa familia Crespin era tan rica que incluso prestaba dinero a los burgos (ciudades), a los obispos y aun a los reyes. Había gente sin embargo a quien inquietaba este insólito interés por el dinero: “en esta ciudad, se adora al dinero en demasía”, escribió el poeta Adam de la Halle refiriéndose a Arras. Pero también había otros que se sentían muy complacidos con los cambios en la economía, entre otras cosas porque pensaban que así los trabajadores conseguirían hacerse de algún dinero y mejorar su posición social, al punto que, cuando murió Baude Crespin en 1316, grabaron la siguiente inscripción en la lápida que cubría su tumba: “Rezad, pues, por su alma inmortal, jornaleros y trabajadores”.

Si vamos a atenernos a las meras palabras, todo lo que está subrayado no figura en el original. Pero, sin duda, está en el texto. ¿En qué sentido digo que “está”? En el sentido de que, al leerlo, aunque no nos demos cuenta, **aportamos esos nexos lógicos para poder comprenderlo en su totalidad**: en silencio, subterráneamente, el proceso cognitivo obra de esta manera para que nosotros mismos –aunque no necesitemos traducir– arribemos a una idea acabada, redonda, de lo que estamos leyendo.

Cuando el discurso es más complejo o cuando están en juego conceptos más abstractos, las hipótesis (y su explicitación al traducir) son más difíciles y más riesgosas (de ahí los interminables debates acerca de lo que “quería decir” un texto a la vista de sus distintas traducciones, sobre todo cuando el original está fuera del alcance de la mayoría, como ocurre con las lenguas muertas). No pretendo decir con esto que una determinada hipótesis sea indiscutible; lo que quiero mostrar es que formular hipótesis es algo **imprescindible para comprender**. Las hipótesis constituyen, ellas también, parte del proceso de lectocomprensión. Que luego alguien las objete y demuestre que hay otras posibles, tal vez más ajustadas o más productivas, es harina de otro costal.

Como conclusión, yo diría que en el caso de textos utilitarios, como este último, una traducción será tanto mejor, tanto más conveniente, cuanto más se expliciten los nexos lógicos a los que el traductor, como lector, arribó en respuesta a los interrogantes que se planteó para comprender el texto.

Voy a cerrar esta exposición con un ejemplo no tan sencillo como los que vimos hasta ahora, de un párrafo que figuraba como epígrafe (es decir, casi sin contexto) de un artículo que hubo que traducir en la Residencia del Lenguas Vivas. En este ejemplo, entran a tallar otras cuestiones también, como la necesidad de trasladar muchas veces la carga semántica a otras categorías gramaticales (en términos de Vinay-Darbelnet, trasponer) o utilizar construcciones que implican otra “manera de mirar las cosas” (modular). En suma, es un texto que exige al traductor poner en juego toda su capacidad de comprensión en la lectura y que también demanda recursos de expresión.

Ejemplo 3

Para situarnos, diré someramente que el autor, E. P. Thompson, es un famoso historiador británico muerto en 1993. El párrafo que figuraba como epígrafe es una crítica a los intelectuales liberales, a la vez terminante y socarrona.

*The truth is that our liberal intellectual often does not notice the real forces which determine our political life, because he does not feel himself to be unfree. In his island of mild dissent he is able to speak, to argue, and to communicate with others **like himself** to his heart's content. Where he has grievance, there is generally a remedy to hand which does not entail any major appeal to public opinion. He may say what he wants because he wants to say so little, and the more intemperate radical can often be “nobbled” before he becomes an irritant to the system. If the intellectual thinks of the forces of conditioning, he thinks of them as something done **to** other people –the masses– **by** other people –the advertisers and the press– not as something which is also being done to him, and in the doing of which he has active complicity.*

E. P. Thompson, "The Segregation of Dissent" (Las negritas son del autor.)

Doy ahora la traducción que fue aprobada, al cabo de algunas idas y venidas, donde se puede apreciar claramente el trabajo de interpretación en profundidad que ha hecho la traductora.

Traducción

*La verdad es que nuestro intelectual liberal suele no darse cuenta de cuáles son las fuerzas que realmente determinan nuestra vida política porque él mismo no siente su propia falta de libertad. En su isla de tibio disenso, puede hartarse de hablar, discutir e intercambiar opiniones con otros que, en definitiva, **no son muy distintos de él**. Cuando*

*padece un agravio, hay por lo general una reparación al alcance de su mano que no exige el concurso de la opinión pública. Puede decir lo que se le antoja porque lo que pretende decir es muy poco. Además, no es difícil "sosegar" al intelectual de ideas más radicalizadas y palabra más destemplada comprándolo o adulándolo antes de que se vuelva una molestia para el sistema. Cuando el intelectual piensa en las fuerzas que nos condicionan, las ve como algo que afecta a **otros** –las masas– y que también **otros** –la publicidad o la prensa– ejecutan, no como algo que también lo afecta a él y de cuya ejecución él es cómplice.*

Comentarios

a) *The truth is that our liberal intellectual often does not notice the real forces which determine our political life, because he does not feel himself to be unfree.*

Hasta aquí, la traductora pudo traducir casi al correr de la pluma (o del teclado) porque el original no plantea demasiados problemas. *La verdad es que nuestro intelectual liberal suele no darse cuenta de cuáles son las fuerzas que realmente determinan nuestra vida política porque él mismo no siente su propia falta de libertad.*

b) A partir de aquí las cosas no son tan sencillas. Veamos.

*In his island of mild dissent he is able to speak, to argue, and to communicate with others **like himself** to his heart's content.*

He subrayado estas dos expresiones porque, consideradas en conjunto y dentro del contexto de un escritor crítico, indican claramente el talante irónico con que han sido escritas. "Mild", que puede querer decir muchas cosas, se resignifica en situación por obra de lo que está en negritas y por esa última frase, "to his heart's content". Atinadamente, la traductora refleja la actitud irónica del autor eligiendo, creo yo, la "palabra justa"⁷ (que no creo que figure en ningún diccionario como traducción de "mild") que en castellano sugiere la intención irónica del original.

*En su isla de tibio disenso, puede hartarse de hablar, discutir e intercambiar opiniones con otros que, en definitiva, **no son muy distintos de él**. Adviértase la frase parentética "en definitiva", que refuerza la idea de "isla" y de "tibio" disenso.*

c) *Where he has grievance, there is generally a remedy to hand which does not entail any major appeal to public opinion.*

Aquí hay que pensar en primer lugar cómo se interpreta "remedy", habida cuenta de que antes se ha hablado de "grievance". Sin duda, "remedy" en este caso significa "desagravio, reparación". Después, está esa frase "any major appeal to public opinion" que, si nos atenemos a las meras palabras, si nos enredamos en ellas, puede terminar en un galimatías. (Es oportuno glosar aquí lo que dice Danica Seleskovitch en un libro que recomiendo a todos los traductores: las palabras son como árboles que suelen ocultar el bosque del sentido.⁸)

Quando padece un agravio, hay por lo general una reparación al alcance de su mano que no exige el concurso de la opinión pública.

⁷ Palabra justa en el sentido de pertinente.

⁸ Danica Seleskovitch, *Langage, langues et mémoire*, Cahiers Champollion, Minard, Paris, 1975.

d) *He may say what he wants because he wants to say so little, and the more intemperate radical can often be "nobbled" before he becomes an irritant to the system.*

Aquí las cosas se complican realmente. Los dos *wants* pueden traducirse como "quiere", sin duda, pero en contexto, la traductora ha interpretado (correctamente a mi juicio) que son ligeramente distintos (el primero sugiere *whatever he wants*), y vale más traducirlos con matices distintos también. Luego está el verbo *to nobble*, que tiene dos acepciones diferentes en inglés 1) *to incapacitate (a racehorse) by drugging* y 2) *to win over an opponent by bribery or flattery*. Vean cómo la traductora se ha hecho cargo de ambas en esta versión, primero a través del verbo "sosegar" (se sosiega a un animal encabritado) y después a través de la explicitación "comprándolo o adulándolo". Vean también cómo la frase nominal *intemperate radical* –que un traductor novel habría tratado de "trasladar" en bloque, tal como viene, al castellano– se "despliega" en la traducción para reflejar sus dos vertientes, la que sugiere *intemperate* y la ideológica de *radical*. Por último, está la atinada traducción de *irritant* por "molestia".

Puede decir lo que se le antoja porque lo que pretende decir es muy poco. Además, no es difícil "sosegar" al intelectual de ideas más radicalizadas y palabra más destemplada comprándolo o adulándolo antes de que se vuelva una molestia para el sistema.

e) *If the intellectual thinks of the forces of conditioning, he thinks of them as something done **to** other people –the masses– **by** other people –the advertisers and the press – not as something which is also being done to him, and in the doing of which he has active complicity.*

Aquí, encontramos otro "bloque" nominal, *forces of conditioning*. El autor habla del condicionamiento social, sin duda, pero la traductora ha preferido personalizar más la versión, haciéndose cargo del *our* que figuraba antes en el mismo texto y de su intención polémica, que interpela directamente al lector. Después está el eterno problema de las pasivas del inglés, resueltas en este caso con toda solvencia por activa en castellano. Es de hacer notar el cambio (formal) de énfasis: en el inglés el autor destaca dos partículas: *to* y *by* por la sencilla razón de que en esta lengua las partículas tienen una fuerte carga semántica, entre otras cosas porque pueden llevar acento tónico. Pero la traductora no se ha quedado en la mera "forma" (gramatical y tónica) que adopta la oposición planteada por el autor: ha entendido que la oposición fundamental (semántica) radica en el hecho de que para el intelectual liberal –según Thomas– los que padecen o ejercen las fuerzas que nos condicionan son siempre otros, y nunca él mismo. La oposición fundamental está entre los "otros" y "él", como luego se ve en el remate del párrafo.

*Quando el intelectual piensa en las fuerzas que nos condicionan, las ve como algo que afecta a **otros** –las masas– y que también **otros** –la publicidad o la prensa– ejecutan, no como algo que también lo afecta a él y de cuya ejecución él es cómplice.*

Quiero dedicar este modesto aporte a quien fue para mí un maestro inolvidable: al *miglior fabbro*, Patrick O. Dudgeon.